

Abril Phillips

Antivacunas: dos siglos de resistencia contra la evidencia científica

La Vanguardia, 5 de septiembre de 2020.

La vacunación contra la viruela ya encontró oposición con argumentos muy actuales; pese a ello desde entonces la medicina ha salvado cientos de millones de vidas.

Una de las teorías conspiranoicas más difundidas en redes sociales con la **crisis del coronavirus** fue la que aseguraba que la pandemia formaba parte de un plan encubierto de **Bill Gates** para controlar a la población mundial mediante nanochips 5G insertados en las **vacunas contra el virus**. A pesar de que tuvieron que salir expertos y hasta el propio [Bill Gates](#) a desmentirla, la teoría llegó a formar parte de las consignas y reclamos en las movilizaciones en contra de las medidas de prevención por el coronavirus alrededor del mundo.

Por más delirantes e improbables que puedan resultar este tipo de desinformaciones, lo cierto es que son muy peligrosas. Pese a que **las vacunas salvan entre 2 y 3 millones de vidas cada año**, todavía la quinta parte de niños en el mundo sigue sin recibir las vacunas básicas. La reticencia a la vacunación no es el único motivo, pero juega un papel muy importante. De hecho, fue identificada por la OMS como uno de los mayores peligros para la salud mundial, al amenazar los avances logrados en enfermedades prevenibles.

Aunque la **desconfianza y resistencia** hacia las vacunas se amplificaron en las últimas décadas con las plataformas digitales, lo cierto es que existen desde el momento en que fueron creadas, **más de dos siglos**. “Las actividades de los propagandistas de hoy en día contra las inmunizaciones descienden directamente de las de los antivacunas de finales del siglo XIX, y de hecho apenas han cambiado”, aseguran en su artículo *Los antivacunas del pasado y del presente*, Robert Wolfe y Lisa Sharp.

[Mary Wortley Montagu](#), esposa del embajador británico en Estambul, fue la primera en intentar popularizar sin éxito en 1718 la cura que había descubierto en Turquía para la viruela. En 1798, el médico inglés **Edward Jenner** comprobó que una leve dosis de infección de viruela daba protección contra la enfermedad, dando lugar a la [primera vacuna](#). Casi dos siglos después, en 1979, la Organización Mundial de la Salud (OMS) **declaró erradicada esta enfermedad** gracias a la vacunación.

Entre 1840 y 1867, se promulgaron un conjunto de leyes en el Parlamento británico para hacer frente a la epidemia de la viruela, que establecían la vacunación universal de los niños, con multas y **penas por incumplimiento**. “Estas leyes constituyeron una innovación política que amplió los poderes del Gobierno a las esferas de las **libertades civiles tradicionales** en nombre de la salud pública”, aseguran en su artículo Wolfe y Sharp.

Sin embargo, algunos **lo interpretaron como un avance abusivo** de los poderes estatales sobre su libertad, aunque ésta pudiera implicar enfermarse y enfermar al resto, y las resistencias no tardaron en llegar. En diálogo con *La Vanguardia*, el científico titular del Instituto de Historia CSIC Ricardo Campos Marín, asegura que “el tema de las libertades individuales es un **factor que perdura** a lo largo de los últimos 200 años. Otro factor

importante son los motivos religiosos, que también surgen con la primera vacuna, aunque de forma contradictoria”.

En este sentido, explica que si bien había obispos a favor de la vacuna contra la viruela, “también surgieron **grupos religiosos muy contrarios a la intervención técnica sobre la creación** de Dios. Eso llega hasta hoy en día. Todas las religiones tienen esa tensión. Aunque cuando se indaga en esos argumentos, muchas veces vemos que son más conspiranoicos que teológicos. Empiezan hablando de Dios pero al final se trata de una estrategia de control del Gobierno”.

Tras la aprobación de la ley británica de 1853, hubo **disturbios en varias ciudades inglesas** y se crearon una serie de asociaciones antivacunas, como la Liga Antivacunación. En 1885, en la ciudad de Leicester hubo una manifestación masiva con más de 100.000 personas. Fue tanta la presión de estos colectivos, que lograron que se eliminaran las penas por incumplimiento y que se incluyera la **cláusula de conciencia** en la nueva Ley de Vacunación de 1898.

A finales del siglo XIX, el movimiento antivacunas cruzó el Atlántico. En 1879, la visita a Nueva York del antivacunas británico William Tebb, se coronó con la fundación de la **Sociedad Antivacunación de América**, a la que le siguieron la Liga de Vacunación Anti-obligatoria de Nueva Inglaterra en 1882 y la Liga Antivacunación de Nueva York en 1885. Después de muchas batallas legales, lograron revocar la vacunación obligatoria en varios estados, como California, Illinois, Indiana y Utah, entre otros.

Este tipo de movimientos **también florecieron en Europa**. El caso español, sin embargo, tuvo sus particularidades. La primera asociación anti vacuna, la Liga para la libertad de vacunación, se fundó en 1989 en **Barcelona**. “En España no hay ningún tipo de organización antivacunas a lo largo del XIX”, dice Campos Marín, y agrega que ya en el siglo XX, “Hubo cierto movimiento antivacunas durante el franquismo, sobre todo contra la vacuna para la poliomielitis, encabezado por Vicente Ferrándiz, quien creó una suerte de sociedad vegetariana naturista en Catalunya”.

“Estaba el trasfondo de pensar que todo lo que no es natural y es artificial, es nocivo y destruye la naturaleza”, explica el experto. La catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla, Adela Muñoz Páez, agrega que “Esta **quimiofobia**, es decir, pensar que las sustancias químicas son nocivas y las naturales son buenas, es algo que está muy presente y es falso. **Hay sustancias naturales que son letales**, como el veneno de la cobra, y otras artificiales que son beneficiosas, como el cloro, que se utiliza para potabilizar agua y salva muchas vidas”.

Otro de los argumentos de los movimientos antivacunas es el de la **seguridad**. “La vacunación contra la viruela se recibió como algo maravilloso. Pero **hacia 1820 y 1830 ese entusiasmo decae** porque se empieza a extender la idea de que produce sífilis”, explica Ricardo Campos Marín. “La técnica de vacunación era bastante compleja. En ocasiones sí se podían trasladar otras enfermedades”, asegura.

“Este tipo de argumentos llega hasta nuestros días y se han ido sofisticando a medida que se han sofisticado las vacunas. Hoy los antivacunas están **obsesionados con los adyuvantes**, que ayudan a que las vacunas sean más efectivas. La seguridad absoluta no existe, pero los porcentajes de reacciones o dolencias inesperadas son muy bajos, prácticamente inexistentes a nivel estadístico. Los antivacunas se sujetan siempre a la excepción”, dice el experto.

En 1974, la publicación ‘Complicaciones neurológicas de la inoculación de tos ferina’ de Kulenkampff, aseguraba que 36 niños ingleses habían sufrido complicaciones

neurológicas graves tras recibir la vacuna DTP (Difteria, tétanos y tosferina), generando una fuerte controversia. “Como consecuencia de la polémica, la cobertura vacunal frente a la tos ferina disminuyó de un 81 a un 31% en 1977, lo que provocó **la reaparición de la enfermedad**, al menos 3 epidemias, con miles de casos (102.500 en el año 1979 en el Reino Unido) y hasta 36 muertes de niños”, detallan en el artículo ‘Evidencias científicas disponibles sobre la seguridad de las vacunas’ del Observatorio para el Estudio de las Vacunas.

En respuesta, se llevó a cabo el Estudio Nacional sobre Encefalopatía Infantil en todos los niños de entre 2 y 36 meses hospitalizados por enfermedades neurológicas en el Reino Unido. Los resultados fueron contundentes, al arrojar un **riesgo de 1 por cada 310.000 dosis de tener lesiones neurológicas**. Pero el daño ya estaba hecho: se tardaron veinte años en recuperar el grado de cobertura vacunal.

En 1998, el británico Andrew Wakefield publicó en *The Lancet* un artículo que afirmaba que existía una relación entre la vacuna triple vírica (contra el sarampión, parotiditis o paperas y rubéola) y el autismo, a partir del análisis de doce casos. El periodista Brian Deer expuso años más tarde en el *British Journal of Medicine* los intereses espurios detrás del estudio de Wakefield, **diseñado y manipulado con el objetivo de llevar a cabo un litigio judicial**.

A pesar de que a Wakefield le revocaran su licencia, de que la revista *The Lancet* se viera forzada a retirar la publicación, y de que diez de las doce personas que firmaron el artículo se retractaran, la exposición que tuvo el estudio fraudulento había sido muy grande. “Tuvo una repercusión enorme. El problema de determinados medios de comunicación es que ante un artículo de ese tipo, le dan una gran importancia y **luego no se repara el daño hecho**”, apunta Campos Marín.

En su libro *Historia del veneno: De la cicuta al polonio* (Debate), Adela Muñoz Páez explica cómo más adelante los antivacunas se concentraron en el timerosal, un compuesto utilizado para impedir la proliferación de bacterias y hongos durante el almacenamiento. Si bien se pudo descartar su relación con el autismo y la OMS publicó un informe negando su toxicidad, la controversia llevó a que se eliminara su uso como conservante de vacunas en Japón, el Reino Unido y EE.UU. “Aunque se comprobara que los estudios eran falsos, **ese ruido quedó en el subconsciente colectivo**”, lamenta Muñoz Páez.